

dición historiográfica que ha fomentado y perpetuado esta actitud de aversión y resistencia. Que los caminos fueran aptos para el tránsito de mulas y que la gente se desplazara por estos medios durante algo más de tres siglos, no es un indicador para medir el atraso. Lo que revolucionó las comunicaciones a finales del siglo XIX y principios del XX fue la irrupción del motor transformador de calor en energía mecánica. Además de que era imposible desplazar grandes masas de población a lomo de mula. Entonces, más que hablar de una transición técnica de la mula al camión, lo que se dio fue una veloz transición *de la mula al avión*.



Habría que agrupar las técnicas y las tecnologías, como modos y vías de acción sobre la materia y los materiales, sobre el eje fabricación-adquisición-consumo —es decir, en el sentido de su acción común—, para poder abordar la información referente a las técnicas y tecnologías utilizadas por los diferentes pueblos, evidentemente dispersa en la documentación oficial, y además agrupar las categorías por las variables contenidas, buscando los patrones de recurrencia y dispersión, para obtener conjuntos técnicos regidos por conocimientos mecánicos.

Quizá parezca inútil estudiar rasgos tan elementales como sujetar o golpear, pero ¿hay algún producto, ya se trate de una tela, de una casa, de un hacha, de un carro, de una institución, que no haya experimentado la acción de una herramienta? Ciertos hechos parecen ser tan naturales que suelen pasar inadver-

tidos; sin embargo “su trivialidad es digna de ser considerada”. Caminos, vallados, chambas, puentes, técnicas jurídicas y políticas, entre otros, son algunos de los elementos dispersos en el paisaje documental. La herramienta es, pues, el producto de la relación entre los medios elementales (agua, fuego, aire) y la materia.

Aunque dispersas, son continuas las referencias en la documentación a la existencia de un conjunto de técnicas y tecnologías que moldeaban las materias y materiales ofrecidos por el medio: metal, piedra, barro, limo, maderas, animales, entre otros. La minería, objeto bien evidente, ya que es la oferta de minerales el *motor inmóvil* de muchos procesos; la extracción del mineral, el lavado de las arenas y la fundición a baja temperatura (método catalán) implican por sí solas el manejo de técnicas de fabricación y de acción sobre materiales *semiplásticos* (cuerpos que pueden ser deformados). Fuelles, sierras, cinceles y qué decir de sus familiares, las armas; todos implican *tendencias, grados y hechos* técnicos que es necesario profundizar. El anterior ejemplo se refiere a una de las técnicas de fabricación. Citemos otro elemento esencial y característico en nuestra historia: los transportes: el llevar encima y el arrastre (para no ingresar en el campo de la rueda). El porteo humano, característica casi universal. El porteo animal: para Vidal de la Blache, exponente del determinismo geográfico, quien examina los tipos de “ruta” que se han sucedido en la historia (camino de mulas, carretera, ruta construida, ruta moderna y ferrocarril), dado que la naturaleza del relieve decide los modos de transporte, en las regiones accidentadas triunfará la mula, muy superior a sus rivales: caballo, buey, camello o yak. La mula hará aparecer el camino mulero, escarpado, estrecho, rocalloso; el porteo animal sugiere, pues, acciones técnicas elementales pero complejas, como la domesticación. Albardas y sillas, amarres y nudos, estribos y colleras, anuncian una complejidad instrumental de dispositivos y técnicas, y un conocimiento y despliegue técnicos.

Por tanto, la relación entre la *falta de caminos*, la postración económica y el aislamiento con el desarrollo agrícola, ganadero y comercial de la región antioqueña y la apertura de nuevos territorios, no es coherente. Se hace necesario, pues, mirar con más detenimiento estos contrastes.

El lector tiene en sus manos un libro que ofrece un panorama diferente cuando se ocupa de lo que podríamos anunciar como la presencia de una cultura tecnológica, asociada a un grupo de acontecimientos técnicos: embarcadores, comisionistas y agentes, al igual que alarifes y maestros entendidos, se encargaban de manera práctica de la concepción y ejecución de las obras civiles. Desde las casas de lo profano hasta las profundidades de los lugares de lo sagrado eran marcadas por las huellas de estos hombres. En este orden de ideas, la tecnología de la construcción como la de transporte tiene un efecto transformador de la estructura de los caminos. Por otro lado, la información cartográfica es sugestiva.

FELIPE GUTIÉRREZ

“Un autor de quien todos hablan y pocos han leído”

Elegías de varones ilustres de Indias

Juan de Castellanos

Edición definitiva al cuidado

de Gerardo Rivas Moreno. Índices temáticos: Onomástico, toponímico y de nombres indígenas por Cristóbal Acosta Torres. Prólogo de Javier

Ocampo López

Gerardo Rivas Moreno editor, Bogotá, 1997, 1594 págs.

Encuentro esta sentencia de José Martí en *Nuestra América*:

Estos tiempos no son para acostarse con el pañuelo en la cabeza, sino con las armas en la almoha-

da, como los varones de Juan de Castellanos: las armas del juicio, que vencen a las otras. Trincheras de ideas valen más que trincheras de piedra.

Hace unos años, para elaborar un artículo destinado a este mismo Boletín Cultural y Bibliográfico, y que no versaba propiamente sobre Castellanos sino sobre la ciudad de Tunja en la cual vivió aquel hidalgo sacerdote, poeta y escritor, hacíamos una apología literaria de la obra inmensa y tan olvidada de don Juan de Castellanos. En ese entonces tuve que leer buena parte de la obra de Castellanos en la única edición conseguible por entonces en el país, que era la de la Presidencia de la República, de 1955, dirigida por Jorge Luis Arango, en cuatro pesados tomos y que estaba bastante lejos del alcance del público interesado, de manera que tuve que hacer maromas casi incomprensibles para obtener un ejemplar en préstamo. El prólogo era de don Miguel Antonio Caro y hablaba en él de la famosa edición de Rivadeneira, de 1847, de letra menudísima, que sólo conozco por aquella y otras no menos famosas referencias. Recuerdo bien que con mucha gracia se refería Caro a ella diciendo que era "más apropiada para hacer ciegos que sabios".



Juan de Castellanos es un autor de quien todos hablan y pocos han leído, comienza diciendo el admirable editor de este tomo no menos admirable y único que ahora aparece al alcance del público en edición que podría calificarse de bolsillo, o cuando menos de bolsillo de elefante. No olvidemos que se trata del poema más largo de la lengua española (113.000 versos exactamente, ha dictaminado esta vez el computador), y del libro menos conocido de muchos

de los clásicos españoles, y con menos ediciones que cualquiera.

Pero de improvviso aparece, como surgido de la nada y por un empeño absolutamente individual, un quijote que se atreve a emprender tamaña empresa, "un atormentado sueño de mi cotidianidad", como dice en el prólogo... ¡Y vaya sueño cumplido! Creo que el autor tiene todo el derecho para sentirse orgulloso de su logro.

Es preciso, según mi entender, contar entre el número de los más grandes descubrimientos hechos muy recientemente por la razón humana el arte de juzgar los libros sin haberlos leído.

Tendré que hacer uso vergonzoso de esta sentencia de Lichtenberg, de tan usual práctica en nuestros tiempos. No pretendo haber leído las mil seiscientas apretadas páginas, pero toda la evidencia de las muestras sugiere que este libro puede resultar para muchos, basta que no se asusten delante del volumen, una inagotable fuente de satisfacciones, tanto literarias como históricas.

La casualidad ha hecho que Castellanos se ponga de moda. Y es que esta edición feliz coincide asombrosamente con la aparición del mejor ensayo crítico y presentación ante el gran público de las *Elegías*. De esta lectura surge una referencia obligada, naturalmente: toda lectura de las *Elegías* debe encuadrarse ahora, inevitablemente, bajo la lupa del libro de William Ospina, *Las auroras de sangre*.

El libro de Ospina es admirable en muchos sentidos y adquiere especial relevancia ahora como acompañante del texto completo de Castellanos. No obstante, la presentación histórica que de las *Elegías* hace Javier Ocampo López tiene méritos propios como para resistir una comparación. Escrito presumiblemente sin conocer lo de Ospina, desde el punto de vista histórico se advierte que Ocampo López domina más el tema y regala al lector curioso múltiples datos que apenas si interesaron al poeta y ensayista tolimense, y

nos da una visión más acorde con la historia y con el derecho indiano, que acaso no le parecieran literariamente valiosos al autor de *Las auroras de sangre*, aunque sí resalta lo que más conmovió la visión de Ospina: ese aire misterioso, fantástico, asombroso, que permea todas las páginas de las *Elegías* y que antaño, antes del realismo mágico, fuera pasado por alto. Pero por otra parte, desde el punto de vista estrictamente literario, el prólogo sí resulta bastante inferior. Y no es que el prologuista, Javier Ocampo López sea mal escritor. Lo que sucede, simplemente, es que es un historiador que escribe como historiador, lejos de la espléndida prosa poética de Ospina, con quien desde el punto de vista estrictamente literario estamos hablando ya, hoy por hoy, de palabras mayores.

Quiero destacar la delicia de recorrer estas páginas al azar. Y es que no es sino abrir el libro y poner el dedo, por cualquier parte, o a partir de los índices, como se quiera, para advertir la exquisita aventura intelectual y estética que se desprende de la lectura de las *Elegías*. Si hay una palabra que califique este libro, es *riqueza*, un caudal de recursos sin fin. Y aquí es donde tiene razón Ospina. ¡Qué riqueza! Aquí hay materia para investigar durante toda la vida, si se desea, tanto como historiador que como literato.



Y como apenas hay espacio para reseñar tanta riqueza, aprovecharé para resaltar sólo un par de curio-

sidades, de diverso tipo, que he encontrado al azar de esta provechosa lectura.

Poco es lo que se sabe del beneficiado de Tunja, don Juan de Castellanos, fuera de lo que él mismo nos cuenta. Sabemos que presenció el maremoto que destruyó a Nueva Cádiz, en la actual Venezuela, que fue ordenado sacerdote en Cartagena y que después fue, durante dos años, párroco de Riohacha: curiosa destinación que nos pone a pensar, para uno de los hombres más cultos de las Indias. Quizá algo tuvo que ver con el proceso inquisitorial que se le siguió dos años después, y del cual fue absuelto, por quebrantar el sigilo sacramental y un proposición herética, que nunca se especificaron en el proceso. Pero tras leer las *Elegías* se comprende que un hombre de palabra tan fácil y que tenía tanto que contar dejara escapar ocasionalmente algún secretillo de confesión.



De las *Elegías* sabemos, por su primer prologuista, Agustín de Zárate, que la obra existió alguna vez en prosa. Pero con el tiempo —y no sabemos si por fortuna puesto que desconocemos el original, que entre otras cosas es posible que exista en algún archivo empolvado y cualquier día aparezca si la incuria y el olvido lo permiten—, el propio autor se propuso la tarea de pasarla a octavas reales, u octava rima, estrofa de ocho versos endecasílabos de estilo italiano que poco a poco fue variando para terminar con multitud de versos sueltos, carentes de rima, en el mejor estilo de algunos poetas del siglo XX, escribiendo diez mil versos por año, y que lo logró. Poco más sabemos de él, como que tuvo

mucho dinero y quizás una sólida amistad con don Andrés Díaz Venero de Leyva, así como la primera gran tertulia literaria en el Nuevo Reino, y que su nieta fue monja clarisa en Tunja.

Una de las tantas evidencias interesantes que se han pasado por alto y que siempre me ha sorprendido que jamás haya sido utilizada, es la relación que tuvo Castellanos con las personas que conocieron a Colón. No conozco uno solo de los biógrafos del Descubridor que haya acudido como fuente primaria a Castellanos, por lo demás una de las poquísimas que existen. Y todo ello porque simplemente no lo conocen y los que lo conocen lo consideran poco fiable, acaso porque no es universalmente conocido y porque no saben de la cercanía del cronista poeta con el Descubridor.

Ahora bien, me sorprenden varias cosas, como que Gómez Restrepo mencione en su historia de la literatura colombiana un verso en el cual Castellanos declara a Colón no solamente genovés, sino concretamente natural de Nervi, poblado anexo a Génova.

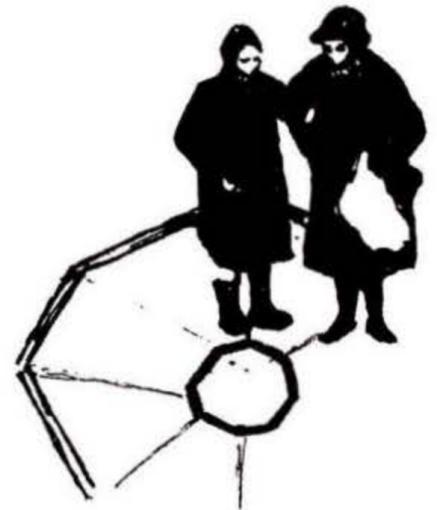
*De Nervi natural, lugar honesto,
que dicen descender de
[Normandía...*

He buscado inútilmente el verso en esta edición, así como lo habrán buscado los autores de los índices, que tampoco, al parecer, lo han encontrado. Me pregunto si es que hay varias ediciones diferentes de las *Elegías* y cuál de ellas se habrá utilizado aquí, pues de ello no hay una sola palabra como referencia en este libro.

En cambio, sí nos cuenta el cura de Tunja la historia del piloto castellano que sugirió al almirante la empresa del descubrimiento, y que es muy interesante (pág. 19), así como la leyenda de un antiguo descubrimiento hecho por los cartagineses, vinculado quizá con la leyenda de la Atlántida (pág. 44).

Igualmente en la simple lectura de las *Elegías* resulta de una claridad palmaria que tras el primer viaje de Colón *todo el mundo* sabía que

lo descubierto se trataba de otro continente que no tenía nada que ver con el Lejano Oriente, bien conocido ya de antaño —desde tiempos de Plan de Carpin y de Marco Polo— por los mercaderes europeos, y que la ingenua versión de un Colón convencido de que había llegado a Cipango no tiene ninguna validez más que, si es que es cierta, como prueba de la enfermedad mental del Descubridor, empeñado en demostrar lo indemostrable.



Valdría la pena señalar algunas otras curiosidades de tipo histórico. Según Castellanos (pág. 350) el nombre de Venezuela no fue puesto por don Alonso de Ojeda sino por un alemán de la casa Welzer, quizás Ambrosio Alfinger. Es famoso que quien lo hizo lo haría en recuerdo de Venecia. Lo único cierto es que sea quien sea el que lo haya puesto, no conocía Venecia más que de oídas.

Advierto en esta lectura que hay en las *Elegías* una presencia que poco ha sido resaltada, la del *Orlando furioso* de Ariosto y, lo que es más interesante, aplicada a la realidad, como si América fuera precisamente la encarnación de ese mundo mítico de las leyendas de Oriente. Porque aquí podemos encontrar a cada paso relaciones y cosas tan propios de reinos inexistentes, como el nombramiento de Pedro de Ursúa como gobernador y capitán general de la región de El Dorado, “por si se llegase a descubrir”. Pero Castellanos lo hace en una mezcla exuberante de metáforas barrocas (el marinero es, por ejemplo, “vivienda de peligros mal

segura”), prosa cervantina, versificación de Garcilaso o de Boscán, y léxico propiamente americano que culminan a veces en híbridos de mestizaje poético que trae a la mente cosas tan aparentemente lejanas como la poesía de León de Greiff, y algo más que lo que ya descubrió William Ospina, la complacencia en las enumeraciones y “ese gozo con las cosas comunes”, sino un estilo en el que aparecen algunos modernismos o versos que podría firmar sin vergüenza el viejo bardo antioqueño escandinavo, “el cual atrás significué ser jeque / De la provincia de Tamalameque”:

*Cuando clara progenie de Latona
Tenía por la eclíptica carrera,
Aquel primero signo de la zona
Oblica, que ciñendo va la esfera;
Cuando quinceno ciento se
[pregona
Con mas treinta y seis años de la
[era,
Tal día con frescor de la mañana
Salió Sedeño de Maracapana.*

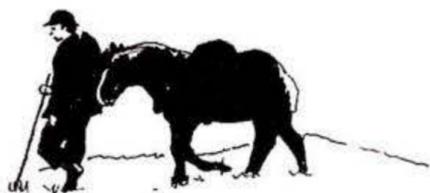
Quizá la mejor parte del libro es la dedicada a Quesada, cuando llega al mundo de los moscas, que son “gente furiosa, suelta y atrevida”, como los energúmenos bogotanos de siempre. La narración que hace Castellanos del baño de oro del zipa en Guatavita, ese “ungido todo bien de Trementina...”, se ha convertido en la versión por excelencia de dicha historia.



Castellanos trae a colación no solamente gran parte del nuevo vocabulario americano sino muchos de los mitos americanos, así como viejas leyendas; la del apóstol Tomás en

América, o la del fuego de san Telmo:

*Pues yo vi cierta noche de
[aguaceros
Llena la mar de alta
[destemplanza,
Hincarse de rodillas marineros
A San Telmo según común
[usanza;
Y vimos claramente
[compañeros
Reverenciar el hierro de una
[lanza,
Que en popa del navío se traía,
Y con la escuridad resplandecía.*



Del mismo modo aparece el episodio de la leche convertida en sangre, que recuerda la leyenda de san Luis Beltrán, quien habría exclamado al exprimir sangre de una arepa en la mesa de un encomendero (y que acaso sea una versión diferente del mismo episodio):

*Esta es sangre de los indios:
¿qué provecho podrá hacer a
vuestras almas?*

Asistimos luego maravillados a la lucha de Diego de Altamonte con el diablo (pág. 552) o a esa escena extraordinaria en el mejor estilo del realismo mágico en la cual una baraja de naipes persigue por los aires a una embarcación a punto de zozobrar en medio de los agitados vientos de un remolino (pág. 578).

Y no faltan, tampoco, los episodios picantes, al estilo de Aretino, desde la presencia de Anacaona, “la libidinosa”, hasta el muy célebre de las maniriguas o Amazonas, pasando por algunos desconocidos, como aquel que dice:

*... Porque todos corremos con
[deseos*

*De fajar con Angélica la bella
Y metelle las manos por los
[senos
Do se suelen hallar joyeles
[buenos.*

O bien el de aquel hombre que muere de muerte plena,

*Gozando de mujer, dama
[lozana,
Una siesta cubierta de sudores,
Por asiento tomó cierta
[ventana
Para tomar del aire los
[frescores,
Donde septentrión o
[tramontana
Hacia más templados los
[calores,
Y luego, como aquel rey
[Adebunto,
O como Nicanor, cayó
[difunto.*

Y junto con los episodios picantes, otro de los tonos de este libro y que se verá medio siglo después en *El carnero* de Rodríguez Freyle y que ilustra un estado mental de la época, es el de la misoginia. Aporto un breve ejemplo:

*Ningún animal hay de su
[cosecha
Tan cruel, tan protervo ni tan
[fiero,
Cuanto flaca mujer si se
[pertrecha
(Para vengarse) de furor
[severo...
[pág. 908].*

No otra cosa son los pasajes del *Carnero*:

*Dios nos libre, señores, cuando
una mujer se determina y pierde la
vergüenza y el temor a Dios, por-
que no habrá maldad que no co-
meta, ni crueldad, que no ejecute.*

O bien,

*con razón llamaron a la hermosura
'callado engaño', porque mu-
chos hablando engañan, y ella,
aunque calle, ciega, ceba y engaña.*

Pero las afinidades con *El carnero*, que fue escrito exactamente un siglo después de fundada la capital, no paran allí, y constituirían un estudio muy interesante acerca de la mentalidad del conquistador que se va convirtiendo en colonizador. Véase esta, con la cual pone punto final a un capítulo (pág. 636):

... Mas por agora yo me siento
De los pesados lloros cuasi
[ciego,
Querría hacer pausa de presente
Y descansar primero que lo
[cuenta.

El procedimiento es parejo al de Rodríguez Freyle:

Ponga aquí el dedo el lector y espéreme más adelante, porque quiero acabar esta guerra.

O bien:

Y pues la noche dio lugar a esta retirada y excusó tantas muertes, excúseme a mí por un rato este trabajo hasta el día, que pues todos los animales descansan, descansaré yo.

Muy semejante al *Carnero* es también el uso de máximas y proverbios al comenzar capítulo, como para adelantar la moraleja y edificar al lector con la enseñanza moral que traerá la historia, quizá non sancta, que se va a relatar.



Mil y mil curiosidades surcan esta lectura infinita como el mar.

En fin, esta reseña quiere ser apenas un abrebocas para quien se interese en una lectura que, aseguro a quien llamen la atención estas notas, no dejará de serle grata.

De la edición diré que es aceptable, así sea por el solo hecho de existir, aunque se nota cierto descuido, repeticiones inútiles e incluso alguna contradicción. Los subtítulos son confusos, no obedecen a un plan coordinado y están mal numerados, y el libro está lleno de errores tipográficos diversos que no son propiamente de Castellanos: *aspirati6n* por *aspiraci6n...*, *Benefiao* por *Beneficiado*, etc., cantidad de tildes mal puestas sobre las íes. Pero al cabo uno se pregunta, ¿cómo pedir mayor cuidado, ante semejante tarea titánica, pantagruélica? La ayuda del computador, quizá sea de gran importancia en una edición como ésta.



Pero la gloria de este libro es su documentación, amplísima, que comprende más de doscientas páginas de índices, a cargo de Cristóbal Acosta Torres, "quien con escrupulosa pasión de relojero armó el mundo trágico de las *Elegías*". Tanto es así, que el índice de nombres indígenas no es propiamente un índice sino algo más amplio, un diccionario, pero es sin duda lo mejor de esta edición. Acertadas son, por lo demás, las muchas ilustraciones que quitan un poco de monotonía visual a tantas páginas de endecasílabos en doble columna.

Acaso si se echen de menos breves resúmenes previos de cada capítulo para orientar un poco más al lector, pero no todo podía ser perfecto. Quizá no se trate de "la edición definitiva" como lo pretende el editor; lo de "edición definitiva" siempre ha sonado pretencioso y sugiere próximas señales del Apo-

calipsis. La fecha de la edición —además— es mentirosa, por cuanto, a pesar de haber sido publicado el libro en 1997 no vino a estar al alcance del público sino en 1999.

En suma, esta, la primera edición de las *Elegías de varones ilustres de Indias*, en un solo tomo, es un esfuerzo muy notable y dignísimo de aplauso. Los amigos de las buenas letras, en todo caso, lo agradecemos y le damos la bienvenida.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

Veintiséis mil treinta y dos coroneles no tienen quien les escriba

La guerra de los Mil Días.
Testimonios de sus protagonistas
Aída Martínez Carreño
Editorial Planeta, Bogotá, 1999,
232 págs.

El libro de Aída Martínez Carreño, miembro de número de la Academia Colombiana de Historia, es un recuento testimonial de uno de los episodios más cruentos y polémicos de aquello que se conoció después como la guerra de los Mil Días. Testimonial, ya que la autora recurre a las fuentes vivas a través de los protagonistas, tanto directos como indirectos, en un conflicto que a lo largo de tres años produjo ríos de sangre en una parte del territorio colombiano, el cual, al mismo tiempo, habría de enmarcar luego y hasta nuestros días gran parte de las circunstancias históricas que hoy vivimos. *La guerra de los Mil Días* es el libro de una santandereana, de una bumanguesa que recogió con fidelidad en diversas fuentes el completo material que lo conforma. El caudal propiamente documental fue rescatado en el Archivo General de la Nación, en donde la autora extractó la información contenida en